

## **BREVE VISION Y COMENTARIO DE LA ARQUEOLOGIA DEL NOROESTE ARGENTINO**

Este artículo es un resumen de la arqueología de una de las porciones de nuestro país, con sus últimos adelantos. Hemos utilizado la bibliografía más reciente, el contacto con los investigadores y nuestra propia experiencia. Sólo pretende poner al alcance de los investigadores de las otras disciplinas interesadas en el hombre una información más o menos actualizada con las citas de las fuentes y algunos comentarios que puedan ayudar a un conocimiento más especializado y profundo.

Dado que aquí se trata de una parte bien delimitada de nuestro territorio, podría servir también este escrito como un capítulo de una revisión total de nuestra arqueología.

Se ha elegido al Noroeste por diversas razones. En primer lugar es la zona con la cual nos encontramos más familiarizados por nuestros trabajos.

Creemos que nuestra vivencia directa de sus problemas nos permitirá presentarlos con mayor ajuste. En segundo lugar es una de las dos zonas clásicas de nuestra arqueología, Noroeste y Patagonia, que recibieron el impacto concreto de los nuevos planteamientos y técnicas que desde hace algo más de diez años vienen modernizando nuestra arqueología. En tercer lugar, las razones de siempre, sus atractivos materiales y el ímpetu si no la inercia de una tradición en la que nos hemos formado casi todos, han hecho que sea la región donde han trabajado un mayor número de investigadores. Por consiguiente, dada la bibliografía más abundante y fácil de obtener, es también donde se pueden apreciar mejor esos adelantos. En

cuarto y último lugar, los trabajos de estudio de área, llevados a cabo por la Facultad de Filosofía y Letras de Rosario en el Valle de Santa María hacen que Rosario se encuentre, en cuanto a la arqueología, como ciencia, muy ligada a esa región.

No deseamos hacer una historia de la ciencia arqueológica ni una exposición de tipo didáctico. Solamente queremos concentrarnos en los últimos años más significativos. Fijaremos por ello un límite de tiempo hacia atrás, que, con algo de arbitrariedad establecemos en el año 1955. Aparte de alguna razón personal que no viene al caso explicar, aproximadamente a partir de esa fecha y en años inmediatamente anteriores, comenzó a expresarse con mayor intensidad y facilidad un nuevo enfoque del pasado prehistórico antecolombino.

Este nuevo enfoque, asentado sobre inferencias cronológicas anteriores y en una aplicación de conceptos técnicos, aunque no nuevos para la arqueología general, completamente renovadores por lo menos para la nuestra, se había estado madurando desde un lustro atrás. Razón importante para esa elección es la publicación del trabajo de Alberto Rex González "Contextos Culturales y Cronología Relativa en el Area Central del N. O. Argentino", aparecido en el volúmen XI de los Anales de Arqueología y Etnología de Mendoza, que, según su colofón, habría terminado de imprimirse el 28 de diciembre de 1955. Este límite de tiempo no es excluyente, pues no dejaremos de remitirnos a una bibliografía algo anterior cuando lo consideremos necesario y responda a lo que nos proponemos presentar.

Como es natural, una breve enumeración de resultados de actividades científicas como ésta, nunca podría ser exhaustiva. Cualquier omisión que se verificara en el plano personal, institucional o regional, no sería nada más que un error ni insalvable ni imperdonable, pero no el producto de ningún afán exclusivista. Hacemos esta aclaración simplemente para no vernos envueltos en ninguna polémica involuntaria e innecesaria, muy a la moda por otro lado, que implicaría la defensa de integridades personales o institucionales omitidas.

Las distintas dispersiones de los elementos culturales, que pueden coincidir o no con unidades territoriales, el caudal variado del conocimiento más una distinta elaboración de los datos procedentes de cada región, a todo lo cual se puede sumar el completo desconocimiento que todavía impera en la arqueología de alguna que otra zona, son factores que contribuyen a que el panorama general y, en consecuencia cualquier presentación del mismo, resulten bastante confusos. Para ordenar la exposición debemos presentar los datos según distintas áreas arqueológicas, más o menos reales, dadas las condiciones dichas.

El conocimiento más o menos ajustado de culturas líticas sin cerámica es muy reciente y en desarrollo. La designación y delimitación de áreas arqueológicas están regidas todavía por la distribución que tuvieron las culturas con alfarería y agricultura, una herencia de aquella época por demás comentada y criticada ya, en la cual el interés principal se circunscribía a los restos más imponentes. Aquellas culturas líticas sin cerámica son consideradas, con acierto, como mucho más antiguas.

Por esta causa las áreas culturales y arqueológicas deberían variar, quizá con el marco impuesto por algunos accidentes fisiográficos más o menos constantes, según su cronología. Pero por ahora esto es muy difícil de hacer <sup>(1)</sup>.

Para una mejor visión de estas áreas arqueológicas y culturales, debemos localizarlas en el amplio territorio del Noroeste. En pocas palabras podemos puntualizar los rasgos más generales y esenciales de esa gran región, tradicional en nuestro país. Su forma, según incluyamos o no a las Sierras Centrales de Córdoba y San Luis, es aproximadamente un triángulo o un trapecoide. Es la masa conjunta de sistemas

(1) Bastante confuso ha de resultar el uso alternativo y conjunto de los términos área arqueológica y área cultural. Área cultural podría ser aquella en la que determinamos una uniformidad de rasgos en una extensión geográfica, ya sea en un momento histórico determinado o con un desarrollo genético a través del tiempo. Área arqueológica sería una región donde se habrían estado efectuando hasta ahora, hallazgos de materiales y otros restos más o menos uniformes. La falta de análisis tempro-culturales, impide puntualizar las razones de esa uniformidad.

montañosos que se entrelazan en este cuartel formado por la provincia de Jujuy, Salta, Catamarca, La Rioja y San Juan. En el norte la frontera argentino-boliviana crea un límite más que artificial. Al oeste están las cadenas de altas cumbres. Termina hacia el este con las últimas estribaciones, contrafuertes y ramificaciones de las sierras subandinas y pampeanas.

La Puna, antiguo macizo sobreelevado, prolongación del altiplano boliviano y continuación de la Puna de Atacama chilena, es un núcleo fundamental, que nos lleva hacia lejanas regiones. Contra la Puna se articulan los diversos sistemas que configuran los ambientes donde vivieron los hombres precolombinos. Su límite oriental se escalona hacia el sur y hacia el oeste y sus desprendimientos forman los valles y quebradas más típicos: Quebrada de Humahuaca, Quebrada del Toro, Valle Calchaquí, Valle de Santa María, Valle del Cajón. Contra este borde oriental de la Puna, llamado también Precordillera, se recuestan los otros sistemas básicos: las sierras subandinas en el norte y sierras pampeanas que encierran valles, bolsones y llanos, en el centro y sur.

Todo el conjunto es complejo en sus detalles y simple a la vez en su delineamiento general. El ambiente que predomina es el semiárido que puede llegar hasta el desértico. Impera la vida del valle con su río o arroyo seco en invierno y desbordante de aguas y aluviones en verano. Continuos procesos erosivos muy intensos y activos, aún en la actualidad, modelan y caracterizan a toda la zona. La montaña y la aridez crean los valles y los bolsones, con salares y tal vez lagunas, aislados pero no incommunicados. De Tucumán al norte la complicada y laberíntica ladera oriental recoge humedad y se va cubriendo de prados, bosques y selvas subtropicales. Hacia el sur la aridez se acrecienta.

No creemos necesaria mayor presentación de un escenario vivido por tantos, sentido por muchos y sabido de todos.

Para dar un orden a los datos que manejamos en los actuales momentos debemos hacer grandes divisiones geográficas.

Nos inspiraremos en la que hiciera Bennett en su obra de 1948 (Bennett, 1948) y en la división del noroeste planteada en la mesa redonda de Arqueología del Noroeste Argentino, reunida en 1954 (Schedel, 1953-54).

Para nuestros fines, nos parece conveniente trazar dos fronteras horizontales, una a la altura de los 24° lat. S y la otra a los 28° lat. S. Tendremos así tres segmentos de nuestro noroeste: uno septentrional, uno central y otro meridional. Sobre estas líneas superponemos otra, irregular en su trazado, que parte a estas secciones en dos, una occidental y otra oriental.

Debemos adoptar una terminología para cada una de estas porciones y sus subdivisiones. Hablaremos de regiones septentrional, central y meridional, cada una de ellas se subdivide en un sector occidental o propiamente andino y un sector oriental o subandino. Las dos regiones por ahora más importantes, no por su extensión ni por mayor abundancia o interés de sus restos, sino por ser las más y donde más se ha trabajado son: la septentrional y la central.

El límite longitudinal que nos da las dos franjas, la occidental y la oriental, tiene un trazado muy irregular. En el norte a partir de la frontera argentino-boliviana, aproximadamente por el meridiano de 65° 15' long. W, acompaña a las sierras de Santa Victoria y Zenta, límite oriental de la Puna en esa zona, y continúa por las sierras que delimitan por el Este a la quebrada de Humahuaca. En la región central continúa con una orientación parecida. Pero por la cadena formada por las Sierras de Carahuasi, las Cumbres Calchaqués y el Aconquija se desplaza hacia el Oeste, hasta alcanzar el meridiano de 66° de long. W. Por este meridiano la hacemos seguir hasta San Luis. Una línea transversal coincidente aproximadamente con el límite sur de San Juan y el norte de San Luis, puede servirnos de delimitación meridional de todo el Noroeste.

En nuestra tradicional arqueología el noroeste era el área de extensión, en lo que hoy es nuestro país, de las culturas

agrícolas con elementos andinos, relacionados básicamente con los de Perú y Bolivia. Con este enfoque hacia el sur el límite sería más indefinido pues debería incluirse el norte de Mendoza. Lo mismo ocurre con la prolongación de la región hacia el este por Santiago del Estero y las sierras centrales de Córdoba y San Luis. La inclusión o no de este sistema dentro de la división del Noroeste ha variado según diversos autores. Por ejemplo Bennett, las excluye de su trabajo fundamental de 1948. Nosotros haremos lo mismo y al limitarnos a la región eminentemente montuosa también dejaremos de lado en esta oportunidad los problemas arqueológicos de la mesopotamia chacosantiagueña.

De esta manera al no considerar en forma completa, aunque sí por referencias, al área de las Sierras Centrales, nuestra región meridional quedará reducida a su sector occidental con La Rioja y San Juan. Arqueológicamente está íntimamente ligada a la región central. Pero, la terminología empleada en la bibliografía corriente, y los trabajos recientes, si bien limitados pero muy prometedores, nos autorizan a hacer esta subdivisión.

En el norte y en el centro la separación de dos sectores este y oeste está justificada plenamente por la existencia de ambientes geográficos diferentes, en marcado contraste. Árido y semiárido es el occidental y más húmedo con una caracterización subtropical el oriental. Varía también el cúmulo de conocimientos. La investigación ha sido más abundante casi siempre en los sectores occidentales. En los orientales el saber es más limitado y atomizado y se configura un panorama bastante confuso de sus antigüedades arqueológicas que siempre han impresionado como exóticas. Esto dio origen y lo mantiene, a la idea de sus vinculaciones con los restos de las zonas subtropicales y tropicales, cruzadas por los grandes ríos americanos. Esas impresiones se asientan sobre bases muy fragmentarias aún. En consecuencia no podemos dar a estas divisiones geográficas valores culturales, salvo cuando ambos tipos de divisiones resulten coincidentes. Son simplemente como ana-

queles en los cuales podemos ordenar los datos que poseemos.

El paralelo de 24° lat. S sirve de límite “algo artificioso” según Feruglio para dividir a la Puna Argentina en dos porciones, un sector Boreal y un sector Austral. Este límite coincide con la desembocadura de la quebrada de Humahuaca al norte de la ciudad de Jujuy y que Kühn fija en los 24° 10' lat. S. También es ésta la extensión aproximada que Bennett (1948) da a la región que denomina “The North”. En la región septentrional así localizada entre la frontera con Bolivia y los 24° lat. S no son difíciles de determinar las áreas arqueológicas. En el sector occidental tenemos así, el área de la Puna Boreal y el área de la Quebrada de Humahuaca y en el oriental el área de Iruya y Santa Victoria. En la región central nos resultará más difícil una determinación de áreas arqueológicas. Es la región del noroeste donde mayores investigaciones se han efectuado últimamente. Esto nos impide trazar una división tan simple de áreas culturales o áreas arqueológicas. Nos veríamos obligados a delimitar una serie de áreas superpuestas, delimitación regida básicamente por el desarrollo histórico. Por otro lado, si bien esos trabajos y estudios pueden ser calificados como revolucionarios en lo relativo a nuestro país, todavía no son lo suficientemente extendidos en el tiempo ni en el espacio. A esto podemos agregar que no sólo se superponen y yuxtaponen en la región muy rica arqueológicamente, diversos sistemas culturales, sino que también lo complicado de la fisiografía dificulta el trazado de fronteras naturales como las que necesitamos para una visión rápida como ésta.

Culturalmente toda el área se entrelaza íntimamente a pesar de las diferencias locales. Nuestra exposición tratará de seguir las líneas de un orden cronológico general. Describiremos los hallazgos más significativos e importantes e intentaremos fijar su valor y posición en el devenir temporal. Dos caminos podemos elegir. Uno consiste en dar etapas de tiempo y situar en ellas los hallazgos. El otro muestra desearnadamente lo que el arqueólogo ha encontrado realmente con sus posibilidades y dudas. Este último nos parece más arqueológico.

lógico aunque resulte más confuso.

El sector oriental de nuestra región central ofrece innumerables dificultades para una sistematización de cualquier tipo. En la porción sur de Jujuy y en la colindante de Salta se efectuaron desde comienzos de siglo una serie de hallazgos generalmente aislados, difíciles de conectar entre sí y con otras entidades culturales. Palavecino (1948) nos da para esta zona las siguientes áreas arqueológicas especializadas: área del Valle del San Francisco y de la Sierra de Santa Bárbara, área de Arroyo del Medio y área de El Carmen-Providencia. Nosotros unificaremos todo esto en una sola área arqueológica del Sur de Jujuy y centro de Salta.

Al sur del río Juramento, que podría considerarse como divisoria entre estas dos áreas, encontramos el área de la cultura de La Candelaria. Esta cultura, tal cual la conocemos y la definimos actualmente se extiende por el sur de la Provincia de Salta y el norte de Tucumán. Los restos más meridionales atribuibles a esta cultura, en la zona baja de la provincia, consistente en cerámica en forma de mamelones, hachas pulidas y otros artefactos de piedra, los conocemos en las vecindades de la ciudad de San Miguel de Tucumán.

En la región meridional, su sector oeste, con las salvedades hechas más arriba, comprende el área de dispersión de lo que por ahora conoceremos bastante fragmentariamente y denominamos cultura de Angualasto. Nos referiremos sucesivas veces al sector oriental sur, pues en las Sierras Centrales se efectuaron los hallazgos fundamentales que sirvieron para descubrir los primeros restos seguros de las etapas más antiguas sin cerámica (González, 1952).

Pasando ya al tema, comenzaremos por la Puna Boreal.

Es habitual la asimilación de áreas culturales o arqueológicas a ciertas regiones geográficas y aún administrativas. Se crean así muchas muletillas de orden científico que se repiten continuamente sólo por inercia y liviandad de preocupación y de trabajo. Nuestra Puna es ejemplo de ello. No hay ninguna razón para que en los mapas de áreas arqueológicas y

culturales del Noroeste (Serrano, 1963) figure la Puna como área independiente en su totalidad, inclusive ajustados sus límites no sólo a los geográficos sino que también a los que tuviera la vieja gobernación de Los Andes. Se da así una falsa idea de uniformidad cultural y arqueológica.

Muy distinta parece la realidad como ya veremos. Con ajuste a esta costumbre, tan nuestra, de opinar a la ligera y generalizar sobre la base de esas opiniones, Canals Frau (1953) restaura una vieja polémica documental y ortográfica y, a una corriente mujer de nuestra Puna, con un grado mayor o menor de mestizaje, seguramente fotografiada en las proximidades de la estación de Abrapampa, la presenta como "india apatama".

Hay en la zona yacimientos con restos líticos sin cerámica frente a yacimientos pertenecientes a períodos agro-alfareros. Los yacimientos sin cerámica mejor conocidos rodean a las Salinas Grandes en los límites entre las provincias de Salta y Jujuy. Uno de estos yacimientos es el de Saladillo. Conocido ya a comienzos de siglo por las publicaciones clásicas de Boman y von Rosen, resucitó gracias a los nuevos intereses de nuestra arqueología. Eran materiales de talla monofacial, conocidos solamente por las publicaciones y por algunos ejemplares aislados de museos. A todo esto Menghin denominó Saladillense y le asignó hipotéticamente una antigüedad entre los 5.000 y 3.000 A. C. (Menghin 1953-54). En 1962 Cigliano visitó la zona de Salinas Grandes con el plan fundamental de estudiar esas industrias precerámicas. Localizó el yacimiento epónimo, del cual se carecían datos exactos de su situación, y descubrió además otro lugar de gran importancia en el paraje denominado Tres Morros. Ambos sitios están al norte de San Antonio de los Cobres, en los bordes de las Salinas pero en posiciones distintas respecto a las orillas de las mismas. Tres Morros está junto a la Salina en relación muy clara con diversos cinturones de vegetación que indicarían antiguas playas. Saladillo está algo más alejado de esas orillas, sobre el arroyo Salado, ya en la boca de su quebrada, al lado de la ruta que por el Abra de Pives lleva hacia Purmamarca. Este camino del Abra

de Pives es de enorme importancia para la región y muy transitado. Resulta más que llamativo que recién en los últimos años renaciera un yacimiento tan famoso con situación tan notable.

Según Cigliano (1962) existen en el área dos industrias fundamentales, localizadas cada una de ellas en uno de esos yacimientos. Su posición con respecto al Salar daría su posición temporal. Tres Morros resulta así más antiguo.

Hay en la industria de Tres Morros una preponderancia de instrumentos bifaciales con retoque a percusión, "hachas de mano" de tamaño pequeño, con raspadores, raederas y puntas. Todos estos instrumentos han sido confeccionados sobre lascas y son más bien toscos. Si quisiéramos comparar a este interesante conjunto con alguna industria paleolítica europea, nuestras preferencias serían por alguna de las variantes del Musteriense de tradición Achelense.

En Saladillo abundan las puntas que fueran denominadas saladillenses. Son puntas de tallas muy cuidadas, aparentemente retocadas a presión. Tienen forma lanceolada y son monofaciales, es decir trabajadas de una sola cara. Su sección es triangular. Son alargadas y de gran tamaño, 108 mm. Todo este instrumental indica una economía de cazadores que evolucionó hace milenios en una zona que aparenta haber sido óptima para este tipo de vida.

Debe agregarse toda una serie de hachas pulidas o semipulidas, dedicadas a cortar los panes de sal de las Salinas. Se conocían también desde los primeros trabajos y se confirmó que son mucho más modernas que las otras industrias.

Estas investigaciones son de una importancia singular pues han clarificado el confuso panorama que se tenía de los hallazgos de Salinas Grandes. Se ha definido perfectamente lo que se llamaba Saladillense y que solo conocíamos a través de uno de sus elementos, las puntas. Se agrega además una nueva industria más antigua, la de Tres Morros. Gigliano se aventura a sincronizar a Tres Morros con Lauricocha I (Sierra norte del Perú), con 8.000 A. C., y a Saladillo con Ayampitin I (sierras Centrales, Argentina), es decir 6.000 A. C.

Más hacia el norte pocos son todavía los hallazgos publicados (Gonzalez, 1963) que puedan ser tan claramente atribuidos a esas etapas de pueblos cazadores.

Al norte de la laguna de Guayatayoc, próximos a Casabindo, Cochino, Rinconada y Santa Catalina, están la casi totalidad de los yacimientos más conocidos de la Puna Argentina. En una oportunidad confeccionamos un resumen e interpretación de la arqueología de la Puna donde nos ocupamos en parte importante de estos hallazgos (Krapovickas, 1958-59). Allí puntualizamos los elementos materiales de lo que Bennett llamara Complejo de la Puna. La ausencia de trabajos más detallados como en otras zonas, obligó a envolver con este término a todos los restos que aparecen en la porción septentrional de la Puna que a simple vista ofrecen una notable uniformidad. Por las condiciones de los hallazgos y sus publicaciones no se pueden hacer claras subdivisiones en culturas o etapas. Tal cual fue enunciado por Bennett y ampliado por nosotros, los rasgos generales de ese complejo serían los siguientes: agricultura con una gran especialización en el pastoreo, en los ajuares, gracias al clima, se han conservado abundantes elementos de madera, cerámica tosca con limitados tipos decorados, instrumentos de labranza de piedra, fundamentalmente azadas, entierros en grutas tapiadas, denominadas erróneamente "chullpas". Se agregan a estos los rasgos comunes a todos los pueblos similares del área andina: andenes de cultivo, viviendas de piedra formando poblaciones, fortalezas o pueblos fortificados, metalurgia, etc. Por recientes investigaciones se agregarían viviendas de barro y escultura en piedra (González, 1963). Uno de estos yacimientos con viviendas de barro, el de Pozuelos, ha dado un fechado por el C 14 de unos 820 años de antigüedad a partir del presente (González, 1963). Es este el primer fechado del radiocarbono obtenido para la Puna, y el yacimiento donde se obtuvo, el de Pozuelos, a pesar de todo, no ha dado nada como para excluirlos definitivamente de la serie de yacimientos en los que aparece el llamado "Puna Complex".

La arqueología de la Puna ofrece serias dificultades para su investigación. Es muy difícil naturalmente la aplicación de los corrientes métodos de análisis basados fundamentalmente en las variaciones de los tipos cerámicos. Resulta agobiante la presencia de cerámica sin decoración. Recién se están desarrollando los estudios de análisis y determinaciones de tipos de cerámicas toscas, los cuales si no se conduce con la cautela necesaria pueden llevar a conclusiones completamente erróneas. Es fácil creer, por ejemplo, que algunos tipos de cerámicas toscas de vigencia casi universal en el tiempo y en el espacio, sean supervivencias de lo que se nos ocurra.

Por otro lado nos vemos completamente imposibilitados de usar para las comparaciones los materiales de madera, cestería, tejido, cuero, etc., tan increíblemente conservados. En muchas de las otras zonas no se los encuentra, pues simplemente se han destruido. La accidental existencia de objetos de madera ha sido usada en el pasado para establecer relaciones con el altiplano que se consideraban muy seguras. Mayor cautela merece entonces su estudio.

Investigaciones que realizáramos en la zona de la Puna en 1960 (Krapovickas, 1961), que abarcaron dos extremos alejados de la Puna, el Río Grande de San Juan y Yavi, nos han planteado interesantes problemas. En la última localidad se hicieron presentes tipos decorados con pintura negra y roja sobre un fondo ante. En el Río Grande de San Juan, la cerámica predominante fue la que indiscriminadamente se puede llamar tosca. Con una visión muy rápida, utilizando el elemento diagnóstico clásico, la cerámica, el llamado Complejo de la Puna, complejo cultural en el cual predominan esas cerámicas burdas, podría pasar a llamarse, como se ha sugerido (Schaedel, 1953-54), cultura de la Puna Boreal. Frente a ella podría establecerse quizá como otra entidad independiente una cultura de Yavi. Tanto en Yavi como en la cultura de la Puna Boreal aparecen, ya sea en fragmentos o en vasos completos, decoraciones pertenecientes a los estilos tardíos de la Quebrada de Humahuaca. Por otro lado se desconocen vasos decorados tricolores antiguos

en la Puna. Todo esto sugeriría que la cultura de la Puna Boreal con abundante y predominante cerámica tosca, vasos de tipo Humahuaqueño y azadas, pertenece a un período tardío. Las fechas del radiocarbono de Pozuelos podrían servirnos de confirmación. Las dos muestras hechas analizar por González que dieron  $820 \pm 150$  y  $810 \pm 150$  de antigüedad, pueden compararse perfectamente con la fecha de la etapa Belen I de  $795 \pm 80$  años de antigüedad, todas a partir del presente. La cultura Belen I integra plenamente el período tardío.

La Puna como todo el noroeste es muy rica en arte rupestre que combina e incluye características generales. Pero hay en la zona algunas expresiones, si no más importantes, por lo menos más llamativas por su color.

En Rinconada se conservó un fresco descripto por Boman (1908). En Yavi (Krapovickas, 1961) se efectuaron hallazgos de una serie muy movida de pinturas y grabados.

El núcleo del área Humahuaca lo constituye la Quebrada de ese nombre, los valles transversales que a ella desembocan y algunas cuencas longitudinales, paralelas a la Quebrada, como la de Alfareito y Ovejería. La delimitación general queda así fijada. Pero por el este está muy lejos de haberse establecido la frontera de extensión máxima de los elementos culturales correspondientes. Hacia el norte y el oeste se combina con el área de la Puna y por la Quebrada de la Cueva se entrelaza con el área de Iruya y Santa Victoria.

El área se distingue por la concentración de yacimientos, especialmente entre Volcán y Humahuaca. Se suceden casi sin solución de continuidad ruinas de grandes poblados fortificados, junto con restos de poblaciones más modestas. Su estado de conservación y los restos que de estas ruinas provienen nos dan una visión movida de la vida indígena. Como descripción breve, pero bastante explícita de lo que se encuentra en un sitio Humahuaqueño, podemos citar el trabajo de Marengo sobre las ruinas de Los Amarillos (Marengo, 1954).

Por el momento no se ha publicado ningún trabajo de campo o de análisis de colecciones suficientemente intenso que pue-

da echar por tierra la cronología de estilos cerámicos fijados por Bennett en su trabajo básico para el Noroeste (Bennett, 1948). El estilo más antiguo sería el denominado Alfarcito Policromo. Consiste esencialmente en pequeñas ollas con superficies rojas que tienen asas verticales y una decoración de bandas verticales escalonadas formadas por dos o tres triángulos negros bordeados de pintura blanca. La decoración es muy sencilla. El diseño más típico comprende dos de estas bandas en cada uno de los frentes de la vasija determinados por las asas. Algunas variantes se observan en las formas, dadas por un cuello más o menos acentuado, por la posición de las asas, etc.

El otro estilo antiguo es el que Bennett denominó Isla policromo. Las formas más características son los tradicionalmente llamados vasos timbales. Tienen forma cilíndrica con uno o dos leves estrechamientos de su diámetro a altura media que los transforman en característicos vasos de doble cintura. Hay también ollas globulares de borde recto y asas horizontales y otras variantes. La decoración es especial. Cualquiera sea la forma de la vasija, se desarrolla siempre paralelamente junto al borde. Es una banda ancha y en ella se entrelazan triángulos ensamblados con rayas en el interior. El color se distribuye de dos formas privativas de este estilo. Los triángulos se dibujan en negro sobre una faja blanca o se hacen triángulos con rayas negras y blancas alternadas directamente sobre el fondo rojo de la cerámica. Un elemento muy llamativo son los vasos en los cuales se han aplicado ojos, narices y bocas en relieve para representar figuras humanas. Toda la cara está pintada de blanco.

Según el cuadro de Bennett este estilo ensamblaría con los estilos propiamente tardíos. Todos éstos, salvo uno, son bicolores, con figuras geométricas en negro sobre fondo rojo. La excepción es el estilo Angosto Chico Inciso, que, como su nombre lo indica consiste en pequeñas ollitas de cuello con puntos incisos en él. Los otros estilos bicolores que aislara Bennett son: Hornillos negro sobre rojo, Tilcara negro sobre rojo, Poma negro sobre rojo. Todos ellos perduraron hasta el período

incaico y aún el hispánico y son esencialmente geométricos en su decoración.

Bennett no aisló ningún período que pudiera considerarse temprano. Todos los citados formarían parte según él de dos "culturas" o etapas culturales. Una "cultura media" con Alfarcito policromo e Isla policromo y una cultura Humahuaca que desarrolló los restantes estilos y entró en contacto con los peruanos y los europeos. Consideramos que esta secuencia de estilos tiene plena validez hasta que no se demuestre claramente lo contrario. Gracias a ella, aunque sea sólo a través de la cerámica, nos queda insinuado un esbozo del pasado del área Humahuaca.

Se ha negado una separación de estilos según el tiempo. Se ha afirmado la convivencia de todos estos estilos hasta la época española (Lafón, 1962). Hay numerosas indicaciones que nos prueban lo contrario.

Entre los yacimientos explorados o dados a conocer hasta ahora, hay toda una serie muy numerosa en los cuales los elementos tricolores son mínimos o totalmente ausentes. Estos son: Los Amarillos (Marengo, 1954), La Huerta (Lafón 1954), Jue-lla, Yacoraite, posiblemente el mismo pueará de Tilcara, Angosto Chico, Ciénega Grande, Hornillos, Huichaieas. Cuando en estas ruinas aparece cerámica tricolor es en poca cantidad y con rasgos que se alejan de los normales vasos Alfarcitos policromo o Isla policromo. Estos vasos tricolores son tardíos y perduran en la etapa más reciente. Generalmente se trata de grandes cántaros con decoración de triángulos intercalados o vasijas efígie de cuerpo globular con una cara pintada de color blancuzco.

En estos casos podríamos hablar de elementos tricolores atípicos, que no se ajustan a los cánones estrictos de los clásicos estilos policromos más antiguos. La elaboración definitiva de la arqueología de la quebrada de Humahuaca los reunirá seguramente en un estilo definido que se podrá localizar en el tiempo.

Por ahora podemos asegurar que esos rasgos atípicos son

muy reducidos. En Yacoraite, yacimiento estudiado y excavado por nosotros, en un total de unas 60 tumbas, comprendidas las excavadas por Debenedetti, no aparece ningún ejemplar tricolor atípico. En una tumba, registrada en el catálogo del Museo Etnográfico de Buenos Aires, donde se conservan los materiales de Debenedetti, pero que no figura en la libreta de viaje del mismo investigador, aparece el único ejemplar de este tipo. Es una vasija efígie con cara pintada de color blancuzco. En la Huerta (Lafón, 1959), "una sola vez aparece un tercer color, el blanco para orlar los dibujos realizados en negro". En los Amarillos estos elementos tricolores atípicos parecerían más abundantes. En el comentario de la seriación de los yacimientos, la autora de la monografía, al referirse a un ejemplar que atribuye al estilo Alfarcito Policromo dice: "Sin embargo el ejemplar que aparece no es un elemento de juicio suficiente para invalidar el cuadro de Bennett (1948) por dos razones: 1) es un solo ejemplar y 2) no es un Alfarcito Polychrome puro". Por información del Dr. Cigliano, sabemos que en el yacimiento de Juella también aparece en mínima proporción cerámica con pintura blanca tratándose de un sitio tardío.

Los trabajos de Lafón y Marengo fueron publicados en 1954. Con posterioridad pocas publicaciones fueron hechas con representaciones y análisis amplios de materiales provenientes de excavaciones. Uno de esos trabajos es el de Lafón sobre Alfarcito (Lafón, 1956-57). Se trata de un informe previo, donde se dan novedosos detalles sobre este yacimiento, o serie de yacimientos, considerado como uno de los fundamentales para la arqueología de la zona. Nosotros integramos la comisión de trabajo. Es lástima que a la detallada descripción de los sitios excavados, no se agregaran nada más que simples menciones a los materiales recogidos con un conocimiento mayor de los materiales, especialmente de los cerámicos, se podrán obtener conclusiones algo más definidas. Por ejemplo, no deja de ser sugestiva la diferencia que ya se nota en el antiguo trabajo de Debenedetti, entre el hallazgo 7 del lugar llamado Los Colorados y los restantes. Las excavaciones de 1957 en el mismo si-

tio, con la denominación de Los Colorados S 1, amplía lo encontrado por Debenedetti. Se confirma su contraste con los otros restos encontrados en el Alfarcito y se sugieren amplias posibilidades no entrevistas ni desarrolladas.

Las restantes publicaciones se limitan a aspectos determinados. La influencia incaica ha sido tratada de manera teórica, con interpretación de datos (Lafón 1956). Nosotros publicamos los materiales de "un taller de lapidario" de Tilcara, recogido por Schuell y también excavamos otro en 1955 (Krapovickas 1959). Esto último nos indicaría una gran afluencia de elementos incaicos en el Pucará de Tilcara. Pero de todas maneras el problema no está del todo aclarado, pues en los restantes yacimientos generalmente cuando aparecen restos incaicos se encuentran en una proporción menor. Tilcara habría sido un centro especial durante el período incaico estrechamente relacionado seguramente con Ciénaga Grande. Aquí, Salas encontró una serie importante de objetos incaicos cuya presencia se explicaría porque el supuesto camino incaico o una de sus ramas pasaría por la quebrada de Purmamarea.

Como estudio especial tenemos el de Lafón (1956-57) hecho sobre los materiales óseos de la zona, que es una elaboración e interpretación de materiales localizados en las colecciones del Museo Etnográfico de Buenos Aires, ordenados, clasificados y distribuidos en planillas por Carmen Marengo.

Se practicaron en la zona, durante los últimos años, una serie de trabajos desgraciadamente no publicados aún. En 1958 los Dres. Cigliano y Márquez Miranda, del Museo de La Plata; excavaron el Pucará de Juella (Cigliano 1959). En 1959, nosotros trabajamos en Yacoraité. El personal científico del Museo Etnográfico efectuó en sucesivas campañas amplias y extensas prospecciones. Madrazo trabajó en Campo Morado en 1962. Una serie de artículos con carácter de divulgación de Casanova, Canals Frau, Lafón, Krapovickas y otros, se publicaron en un libro sobre Tilcara editado en 1958 por Asociación Amigos de Tilcara.

Como vemos no pocos son los trabajos realizados en el área

Humahuaca durante los últimos años; falta sólo su maduración y su publicación.

El área de Iruya y Santa Victoria se localiza en el norte de la provincia de Salta, al oriente de la Puna en plena zona subtropical, entre las cadenas que acompañan a las sierras de Santa Victoria y Zenta. Desconocemos trabajos recientes publicados. Es una de las zonas olvidadas de nuestra arqueología. Por esta razón transcribiremos, para su conocimiento, nada más que el párrafo en el cual Bennett describe a lo que el denomina "Iruya Complex":

"Los sitios de Salta en Iruya y Victoria presentan una abundancia poco corriente de artefactos de piedra. Los siguientes son los tipos característicos: hojas de palas triangulares y rectangulares; azadas, piedras de moler planas, manos y piedras de moler oscilantes, morteros, majaderos y moletas; piedras perforadas y cabezas de maza en forma de estrella; hachas en forma de T y hachas de cuello; bolas y piedras de hondas; puntas de flecha y de lanza; martillos; torteros; cuentas tubulares y discoidales; flautas de pan, más raramente, fuentes, boles, y pequeñas piezas esculpidas" (Bennett, 1948).

Una cantidad muy importante de publicaciones recientes se relacionan de una u otra manera con la región central. Es aquí donde se han obtenido también las más numerosas novedades gracias al desarrollo de intensos y extensos trabajos de campo. Los trabajos de campo efectuados en el Noroeste argentino, han tenido como finalidad fundamental la obtención de datos para elaborarlos según nuevos enfoques culturales y cronológicos. Para mayor valor de estos datos se ha intensificado la aplicación de las técnicas más modernas, inclusive la del Carbono 14. Este enfoque parte de la necesidad primordial de agrupar y ordenar los restos arqueológicos según su posición en el tiempo, sin considerarlos sincrónicos como era el uso hace una quincena de años.

Durante algún tiempo la única cultura sin cerámica y con instrumentos líticos conocida era la de Ayampitín (González 1952). Su descubrimiento y fechado absoluto se hizo en

las Sierras Centrales, que corresponden al sector oriental de nuestra región sur. En Ayampitín y luego en Intihuasi fue definida con mucha claridad dicha cultura. Los elementos diagnósticos: "Son puntas trabajadas en cuarzo o cuarcita, de forma lanceolada o de hojas de laurel o almendra con un largo que varía entre 45 mm. a 100 mm. El ancho oscila entre 16 y 24 mm. y la base es siempre semicircular. Por lo general son bastante espesas o de sección oval y más frecuentemente en diamante. Están trabajadas en ambas caras, por retoque a presión" (González, 1960). Sus características son muy claras y definidas, pero nos atrevemos a sugerir que carecemos en nuestro país, todavía, de los conocimientos experimentales suficientes sobre técnicas de confección de instrumentos líticos, como para poder afirmar si su retoque ha sido a presión o a percusión. Técnicamente y aún culturalmente esta distinción podría ser muy importante.

En el resto del noroeste aparecen puntas líticas de esta cultura, lo cual indica con toda seguridad su extensión por toda el área. En un principio (González, 1952) se definía esta dispersión por una gran cantidad de ejemplares de puntas Ayampitín conservadas en antiguas colecciones de museos y por hallazgos aislados efectuados por el autor que definió esta cultura (González, 1952). Pero los trabajos posteriores han confirmado cada vez con mayor seguridad su existencia en la zona que nos interesa. Su fechado por el radio carbono, gracias a dos muestras que dieron respectivamente  $7970 \pm 100$  y  $8068 \pm 95$  a partir del presente, le concede una antigüedad de 6.000 años A. C. Como el mismo arqueólogo que obtuviera estas fechas lo ha repetido reiteradamente, esta fecha pertenece a un momento impreciso del desarrollo de la cultura. Por lo tanto la misma pudo haberse iniciado mucho antes o haber continuado con ese desarrollo durante mucho tiempo después.

Durante los últimos años se ha intensificado mucho el interés por las culturas sin cerámica y su búsqueda e investigación. Tocó al Instituto de Antropología de Rosario, bajo la dirección del Dr. E. M. Cigliano, efectuar el hallazgo de otra in-

industria lítica, perteneciente a una cultura completamente distinta a la de Ayampitín (Cigliano y otros, 1962).

La cultura de Ampajango o Ampajanguense como también se la llama, se caracteriza por una industria de aspecto primitiva. Los instrumentos más típicos son "hachas de mano", confeccionadas generalmente sobre lascas. Los grandes rodados de basalto han sido golpeados entre sí para fracturarlos y obtener lascas grandes. Sobre éstas, como si fueran núcleos se tallaron los instrumentos. Además de los instrumentos aguzados se agregan otros objetos con bordes retocados a grandes golpes, que forman raederas, raspadores, etc., toda una amplia gama de objetos de tipo paleolítico. El gran interés del yacimiento de Ampajango se debe a la gran abundancia de materiales y a la manera cómo se los encuentra, prácticamente en los talleres donde se los confeccionó. Pero la gran dificultad de este lugar, realmente admirable, reside en su posición confusa respecto a la geología del lugar. Relacionados con esta industria se encontraron también restos de la cultura Ayampitín. Tipológicamente existe una evolución que parece conducir desde la industria de Ampajango a la de Ayampitín. Tal es la enunciación de Cigliano. Las diferencias industriales sugieren grandes diferencias de economía. Podemos decir que la cultura de Ayampitín es la de unos cazadores bastante especializados, perseguidores de caza ligera. Los materiales de Ampajango sugieren una economía más primitiva, pesada y lenta. Pero faltan desgraciadamente confirmaciones mayores. Recientemente Cigliano ha efectuado hallazgos de restos de la cultura de Ampajango en el valle de Santa María, hallazgos hechos sobre terrazas del río. Este hecho permitiría aclarar su cronología relativa.

No se trata por otro lado de hallazgos aislados ni en el país ni en el resto de Latinoamérica. Serrano (1963) señala la presencia de restos pertenecientes a las culturas Ampajango y Ayampitín, o por lo menos similares, en diversos sitios de la provincia de Salta, en el valle de Lerma, Valle Calchaquí y Puna Sur. Los hallazgos de Ampajango se relacionan con los

efectuados en San Pedro de Atacama y el Jobo en Chile y Venezuela. La cultura Ayampitín tampoco queda aislada en nuestro territorio; junto con los restos de Viscachani. Bolivia, y Lauricocha, Perú, son las manifestaciones de todo un mundo cultural de pueblos cazadores preagrícolas. Su presencia fue sugerida ya hace mucho tiempo por los patriarcas de nuestra prehistoria, Ameghino, Max Uhle, pero actualmente, aunque su conocimiento es muy fragmentario, han dejado de ser un misterio. En el mundo arqueológico científico hace ya bastante tiempo no queda nadie que pueda o quiera negar su existencia. Tampoco habrá nadie que olvide lo complejo de esos larguísimos periodos en su aspecto cultural ni las dificultades que existen para encontrar sus restos en condiciones óptimas para interpretarlos.

El área de la Puna Austral está prácticamente inexplorada. Hay un yacimiento conocido desde comienzos de siglo: Antofagasta de la Sierra, dado a conocer por Ambrosetti en 1904. La abundancia de madera hizo que se lo asimilara a lo que hemos denominado cultura puneña, el "Puna Complex" de Bennett. Pero por su cerámica y ciertas similitudes con los artefactos de madera, creemos que pertenece al mismo grupo cultural que La Paya, en el valle Calchaquí. Temporalmente se lo puede fechar sin ninguna duda, pues hay materiales incaicos. Un yacimiento mencionado por Ambrosetti en la misma publicación de Antofagasta de la Sierra, fue excavado por nosotros. Se llama Tebenquiche (Krapovickas, 1965) y proporcionó materiales con una serie de rasgos muy novedosos, como una pintura posteoceción y que formalmente se relaciona con el complejo de culturas Ciénaga-Candelaria.

En Laguna Blanca, bolsón vecino a la Puna, los reducidos datos publicados nos hablan de materiales pertenecientes "a las culturas Condorhuasi y Candelaria y a una de las facies de la cultura Barreal, la que el mismo doctor González denomina "La Ciénaga" (Cáceres Freyre, 1954). Con una cita del mismo González (1960) podemos agregar que "dentro de las ruinas como en los cementerios, se hallan tres tipos de alfarería del pe-

riodo temprano: Ciénaga, Condorhuasi y otro negro lustroso quizás relacionado con Candelaria... o con el área atacameña chilena”.

Taff del Valle merece una consideración muy especial. Geográficamente constituye un bolsón o valle bien delimitado y está en la región de tránsito entre el occidente árido y el oriente subtropical tucumano. De ahí su gran atractivo, por su paisaje y su agradable clima.

En Taff se efectuaron excavaciones en los primeros meses del año 1960 dirigidas por el Dr. A. R. González. Aparecen diversas categorías de ruinas, principalmente dos. En el extremo sur del valle está El Mollar, donde ya en el siglo pasado se señalaron los menhires existentes. Son monolitos alargados, plantados de punta con o sin grabados. Uno de ellos, el más conocido, ha sido instalado en uno de los parques de San Miguel del Tucumán. Hay además grandes construcciones de piedra de gran tamaño que sugieren recintos. Estos conjuntos son muy notables al norte de la población moderna de Taff del Valle, a ambos lados del camino al Valle de Santa María. Creemos que muy pocos arqueólogos argentinos no han cruzado el lugar y recogido las toscas alfarerías y soñado con efectuar alguna vez excavaciones, materializadas por González. Por lo menos a nosotros nos pasó así. Tal es la sugestión de las ruinas sin mayor trascendencia para el viajero corriente y tal es el atractivo del lugar.

González excavó tres tipos distintos de yacimientos con resultados más que fundamentales para nuestra arqueología.

En El Mollar excavó y localizó nuevos menhires además de los conocidos y ya destruidos en gran parte. Practicó una excavación en un montículo, aparentemente el centro de importancia del sitio, donde encontró la cerámica más antigua del país. Los restos provenientes de los niveles inferiores del montículo fueron fechados por el C 14 en 335 A. C. Restos provenientes de niveles medios del mismo montículo se fecharon a comienzos de nuestra era. Todos estos restos pertenecen a lo que González llamó cultura de Taff.

Al norte del pueblo moderno, en el otro foco de interés arqueológicos del Valle, excavó González, varios conjuntos de viviendas. Están hechas con grandes bloques de piedra y consisten fundamentalmente en un patio central de forma redonda con habitaciones también redondas que a él dan. Estos sitios de habitación corresponden también a la cultura Taffí y de uno de ellos, el sitio 4, se obtuvo la fecha de 586 D. C.

Además de estas estructuras, menires, montículo y núcleos de vivienda, integra el patrimonio de la cultura Taffí una cerámica tosca con bases cónicas y otra monocroma roja. En el nivel inferior del montículo se agrega una cerámica rojiza con modelados en relieve e incisiones que González considera intrusiva y relacionada con la cultura de la Candelaria de más al Este.

El tercer tipo de estructura excavado consiste en una casa pozo, parcialmente investigada y que pertenece a la cultura Santamariana (González y Núñez Regueiro, 1960).

Todos estos hallazgos y los restantes del sector occidental central, se pueden armonizar en un cuadro coherente, gracias a las investigaciones de González en el valle del Hualfin (González, 1955).

En la arqueología de ese valle, pertenecen a un período más antiguo los restos de lo que se ha denominado hasta ahora cultura Barreales. Actualmente ha quedado desdoblada en dos etapas, Ciénaga y Aguada, a cada una de las cuales se las da el rango de culturas. Sincrónica con la cultura de la Ciénaga sería la cultura de Condorhuasi.

A pesar de varias presentaciones de conjunto de estas distintas culturas (González, 1956, 1961), en las cuales se ha querido definir las en su totalidad, abarcando el mayor número de rasgos, sigue la cerámica manteniéndose como principal elemento para su determinación y diagnóstico. Las restantes características que a estos tipos cerámicos se asocian son muy variados y variables y se los fuerza a veces para tratar de integrar unidades distribuidas en períodos (González, 1963). No obstante, un cuadro de grandes períodos como el que nos da González

es de mucho valor. González nos sugiere (1963), para las épocas agroalfareras un Período temprano o Inicial (200 A. C. hasta 700 D. C.), período Medio o Intermedio (del 700 al 1000 D. C.) y un período Tardío (1000 hasta 1450).

La cerámica Ciénaga (desarrollada entre 250-500 D. C., (González, 1960), es de varios tipos. La más conocida es gris o negra. Las formas corrientes son recipientes cilíndricos con asas laterales con forma de jarros. Poseen decoraciones incisas geométricas. Hay cerámica también con decoración pintada en rojo sobre color ante. Entre los tipos Condorhuasi, también muy variados, se destacan las vasijas policromas con tres colores, blanco y negro sobre rojo. Tienen formas vívidas ya sea humanas o animales, quizás felínicas. Hay un tipo gris con vasijas cilíndricas altas y otras con cuellos algo más estrecho que el cuerpo. Las incisiones son anchas y paralelas como hechas con peines.

Para estudiar la arqueología del Hualfín, González analizó colecciones de superficie, sondeos, excavaciones en viviendas y los materiales de tumbas conservadas en el Museo de La Plata. Así, para el período temprano se definieron las culturas ya mencionadas de la Ciénaga y Condorhuasi. Ambas se muestran independientes por las asociaciones de las tumbas y los hallazgos de superficie. Aparte de la cerámica hay otra serie de elementos del ajuar que muestran esta separación, por ejemplo: tembetás y grandes pipas de Saponita en Condorhuasi, esferas multipuntas en Ciénaga, etc.

Pero no se encontraron viviendas para ninguna de estas etapas en el valle del Hualfín. Fuera de él, algo más al norte, en el Ingenio del Arenal (Márquez Miranda y Cigliano 1961. Cigliano 1961) se excavaron habitaciones de piedra correspondientes a cada una de estas fases, con claros caracteres arquitectónicos diferenciales. Inclusive se encontró una superposición (Cigliano, 1961). La vivienda inferior por su cerámica y por su arquitectura corresponde a Ciénaga, la superior a Condorhuasi. En el Alamito (La Alumbreira) en el campo del Pucará, provincia de Catamarca, en sucesivas campañas efectuadas

por el Instituto de Antropología de Rosario y dirigidas por el Dr. A. Rex González, aparecieron tipos cerámicos de estas dos culturas en yacimientos con características constructivas muy novedosas (Petruzzi, 1959, González y Núñez Regueiro, 1958-59). Viviendas con paredes de barro con forma de "U de ramas separadas" rodean por el Este a una depresión que parece un patio. Al oeste hay un montículo y una mesa aparentemente ritual. Este sitio produjo cerámica tipo Ciénaga y Condorhuasi, pero no con las características más típicas, según las determinadas en el valle del Hualfín. Las dos culturas parecen intrusivas en el lugar. Pero de todas maneras estos yacimientos del Campo del Pucará fueron los que dieron los elementos para fechar con el C 14 a las dos culturas (González, 1957, 1959, 1960).

Siempre en el valle del Hualfín, se sitúa, en una etapa siguiente, calificada como media por González, la cultura de La Aguada. Como ya vimos primeramente fue considerada como una etapa de la cultura de los Barreales. Actualmente el autor que la estudia, considera que por sus elementos, posición cronológica y relaciones, constituye una cultura bien definida.

Como el citado autor dice: "the period is in many respects a continuation of the previous one; in other respects it presents notable differences". Pero estas fundamentales diferencias se dan todavía en el ámbito de la cerámica. El llamado estilo draconiano, la caracteriza. Notables figuras de felinos, dragones y personajes con tocados y armas se ven como motivos decorativos de una de las alfarerías de técnica más depurada no sólo de nuestro territorio. La figura del felino, expresada de manera tan elaborada, permitiría establecer las conexiones con las culturas de Tiahuanaco (González, 1963). Más aún, habría una contemporaneidad efectiva con Tiahuanaco, pues según otra cita del mismo autor, "there appears to be good evidence of the contemporaneity of Aguada and Classic Tiahuanaco in the form of three carbon-14 dates, which places Aguada at around A. D. 800". Habría aparecido también en esta época el bronce (González, 1958). De todas mane-

ras nos parece exagerada la acentuación de tanta diferencia cultural entre este período y los anteriores. En la cultura de la Aguada se continúa una tradición anterior de escultura en piedra; por ejemplo los vasos de saponita.

Definida esta cultura de La Aguada en el valle del Hualfín, parece tener una distribución bastante determinada. Según parece, su extensión hacia el norte, en el Valle de Santa María sería más limitada. Hacia el sur parecen muy abundantes los restos Aguada en lo que es hoy nuestra provincia de La Rioja.

En el valle de Santa María son muy importantes los aportes de las investigaciones de los últimos años. Han trabajado en él Márquez Miranda, Cigliano y el Instituto de Antropología de Rosario bajo la dirección del segundo autor nombrado. Ya mencionamos los importantes aportes para los períodos sin cerámica. Los datos actualmente en elaboración permiten adelantar que han sido muy abundantes los restos de la cultura de la Ciénaga (Cigliano y otros, 1959) junto con otros elementos relacionados con la cultura de la Candelaria, acentuándose éstos hacia el norte del Valle. Se ha sugerido que en el valle de Santa María esta fase de La Ciénaga pudo haber sido precedida por otra. En tumbas que integran la colección Muñiz Barretto del Museo de La Plata, procedentes de cementerios del sur de la zona (Cigliano 1959-60), apareció cerámica negra lisa pulida similar a la que se encontró en Laguna Blanca (González, 1960). Cerámica lisa negra asociada a otros elementos y con pintura posección fue encontrada en Tebenquiche en la Puna Sur.

En los períodos tardíos posteriores al 1000 encontramos en este sector occidental central dos áreas bastante bien definidas. Al sur con centro en Belén se desarrolla la cultura del mismo nombre. En el norte, localizada en Santa María y con proyecciones hacia el Norte, tenemos la cultura Santamariana. Ambas entidades poseen como rasgo característico entierros de párvulos en urnas confeccionadas para tal fin.

La cultura Belén ha sido subdividida por González (1955)

según sus hallazgos en Hualfín (González, 1954, 1957) en tres etapas. La primera se caracteriza eminentemente por la presencia de casas semisubterráneas o casas pozo. En Belén II hay viviendas de piedra y Belén III es la época en la cual la cultura entra en contacto con los incas. En Santa María se ha obtenido una subdivisión en dos etapas caracterizadas por urnas tricolores el primero y bicolors el segundo, que culminarían también con un período incaico (Márquez Miranda y Cigliano, 1957). Como etapas inmediatamente previas a las culturas tardías son aquellas a las que se atribuyen en el sur las urnas Hualfín y en el Norte las urnas San José (Cigliano, 1958). Es necesario aclarar bien el papel que han jugado estos elementos, si se trata de verdaderas culturas o simples fases de las culturas tardías.

El sector oriental es el de los bosques y selvas sub tropicales. Se realizaron en él investigaciones limitadas. Las publicaciones fundamentales se remontan a algunos años atrás. Recientemente Serrano (1962) excavó varios sitios en el valle del Río San Francisco en Jujuy, en lo que nosotros hemos llamado área del sur de Jujuy y centro de Salta. Sus hallazgos se ajustan a los que se conocían ya publicados hace años por Nordenskjöld. En sitios de habitación perdidos entre la vegetación se encontraron cerámicas pintadas e incisas de color gris o negro. En el área de la cultura de La Candelaria también pocas investigaciones se hicieron en los últimos años. Reyes Gajardo (1957), publicó los ejemplares que con procedencia de Choromoros, provincia de Tucumán, integran la colección privada del señor Arminio Weiss de Santa Fe. González, con un estudio de esta colección, con las fechas de radiocarbono obtenidas en Taffí y materiales de tipo Candelaria allí excavados, fijó una hipotética cronología de la cultura de la Candelaria en tres épocas: Candelaria I, etapa inferida y sugerida por los hallazgos de materiales similares en los niveles más bajos del montículo de Taffí del Valle; Candelaria II, que comprendería los materiales clásicos conocidos con formas ornitomorfos y vasos con mamelones; Candelaria III, con formas cerámicas de pucos incisos con formas geométricas que mostrarían la influencia Aguada.

Nosotros efectuamos excavaciones en 1961 en Alto de Medina en un sitio típico de esta cultura del este montañoso de Salta y Tucumán. No conocemos los materiales de Tafi como para poder juzgar sobre la etapa Candelaria I. Pero en lo que respecta a las fases II y III, en nuestra excavación, que naturalmente ha sido limitada a un solo lugar, encontramos perfectamente asociados los materiales que González ve separados en la colección del Sr. Weiss.

Este sector oriental ha sido el predilecto para encontrar en él la conjunción de los dos mundos, andino y amazónico. A pesar de lo poco que se sabe de su arqueología, creemos que los restos que en él aparecen no se alejan, salvo variaciones estilísticas y ambientales, de los patrones establecidos en el sector árido, occidental andino.

En lo que respecta al sector meridional, Schobinger (1964), nos presenta un breve resumen de sus investigaciones en San Juan. Es evidente que no todos los restos que se engloban bajo el común denominador de cultura de Angualasto, corresponden a un mismo período cronológico y quizás tampoco a un mismo complejo cultural. Hay cerámica incias de color gris que como el mismo Schobinger lo dice se puede asimilar al grupo Ciéna-ga. Hay viviendas de adobes o tapia y escultura de piedra que nos recuerdan a la cultura Condorhuasi y a los hallazgos de El Alamito. La cultura de Angualasto, Sanagasta o Jáchal como también se la llama, tiene como rasgo más distintivo a los entierros de párvulos en urnas de superficie tosea y característica decoración geométrica. Estas investigaciones nos prometen revelar un complejo cuadro del pasado, quizás paralelo al del Norte. Al período incaico pertenece un interesantísimo hallazgo efectuado en el cerro el Toro en San Juan también por Schobinger. Consiste en una momia perfectamente conservada. Este rasgo de entierros a gran altura efectuados por hombres de cultura incaica no han sido nada raros en los últimos años. Bástenos recordar la momia chilena del cerro El Plomo.

Como párrafo final podemos agregar que este escrito no tiene otra intención que la de ser un breve informe de labores

arqueológicas. Mucho se ha trabajado en estos últimos años. Es de esperar que en los próximos se trabaje más. Muy fragmentario es todavía nuestro conocimiento y lo será siempre, pues nuevas respuestas traen nuevas preguntas.

## PEDRO KRAPOVICKAS

Tres Arroyos 518, Buenos Aires

### BIBLIOGRAFIA

- BENNETT, WENDELL y otros, 1948. *Northwest Argentine Archeology*. Yale University Publications in Anthropology, N° 38, New Haven.
- CÁCERES FREYRE, Julián, 1956. *Expedición de la Sociedad Argentina de Americanistas a Laguna Blanca (provincia de Catamarca)*. Buenos Aires.
- CANALS FRAU, Salvador, 1953. *Las Poblaciones Indígenas de la Argentina*. Buenos Aires.
- CIGLIANO, Eduardo Mario, 1958. *Arqueología de la zona de Famabalasto*. Revista del Museo de La Plata, Nueva Serie, Sección Antropología, T. V., págs. 29-122.
- 1959. *Una pieza novedosa del yacimiento arqueológico de Juella* (provincia de Jujuy). La Plata.
- — 1959. *Nota sobre un cráneo trofeo*. La Plata.
- — 1959-60. *Nuevos aportes sobre las primeras culturas alfarero-agrícolas del Valle de Santa María*. Acta Praehistórica III/IV, Buenos Aires.
- — 1961. *Nuevos aportes sobre la cultura Condorhuasi para el área central del N. O. Argentino*. La Plata.
- — 1962. *Industrias precerámicas de la Puna Argentina*. Barcelona.
- CIGLIANO, Eduardo Mario y otros, 1960. Publicación N° 4. *Investigaciones arqueológicas en el Valle de Santa María*. Instituto de Antropología. Facultad de Filosofía y Letras. U. N. L.
- — 1962. Publicación N° 5. *El Ampajanguense*. Instituto de Antropología. Facultad de Filosofía y Letras. U. N. L.
- GONZÁLEZ, Alberto Rex, 1954. *La casa pozo en el N. O. Argentino*. Mar del Plata.
- — 1955. *Contextos culturales y cronología relativa en el área central del N. O. Argentino* (Nota preliminar). Mendoza.
- — 1956. *La cultura Condorhuasi del Noroeste Argentino* (Apuntes preliminares para su estudio). RUNA, vol. VII, Parte I, págs. 37-84, Buenos Aires.

- — 1957. *Breve noticia de las investigaciones arqueológicas efectuadas en el valle de Hualfín*, Catamarca, campaña marzo-junio de 1952. Revista del Museo Municipal de Ciencias Naturales y Tradicional de Mar del Plata, Vol. I, entrega 3, Mar del Plata.
- — 1957. *Dos fechas de la cronología arqueológica argentina obtenidas por el método de radiocarbón*. Rosario.
- — 1958. *A Note on the Antiquity of Bronze in N. W. Argentina*. Viena.
- — 1959. *Nuevas fechas de la cronología arqueológica argentina obtenidas por el método de radiocarbón (II)*. Ciencia e Investigación, T. 15, N° 6, pp. 184-190, Buenos Aires.
- — 1960. *Nuevas fechas de la cronología argentina obtenidas por el método de radiocarbón (III)*. Ciencia e Investigación. T. 16, N° 4, pp. 142-145, Buenos Aires.
- — 1960. *La estratigrafía de la gruta de Intihuasi (prov. de San Luis, R. A.) y sus relaciones con otros sitios precerámicos de Sudamérica*. Revista del Instituto de Antropología de Córdoba, Tomo I, Córdoba.
- — 1960. *Nuevas fechas de la cronología arqueológica argentina obtenidas por el método de radiocarbón (IV)*. Revista del Instituto de Antropología de Córdoba, Tomo I.
- — 1961. *The La Aguada Culture of Northwestern Argentine*. En *Essays of Pre-columbian Art and Archeology*. Cambridge, Mass.
- — 1963. *Cultural development in northwestern Argentine*. Smithsonian Miscellaneous Collections. Volume. 146, Number I.
- — 1963. *Problemas arqueológicos de la Puna Argentina*. En homenaje a Pedro Bosch Gimpera. Méjico.
- GONZÁLEZ, Alberto Rex y NÚÑEZ REGUEIRO, Victor. 1958-59. *Apuntes preliminares sobre la Arqueología del Campo del Pucarú y alrededores*. Anales de Arqueología y Etnología de Cuyo. Mendoza.
- — 1960. *Preliminary report on Archeological Research in Tafi del Valle*. N. W. Argentina.
- KAPROVICKAS, Pedro, 1955. *El Yacimiento de Tebenquiche*. Buenos Aires.
- — 1958-59. *Arqueología de la Puna Argentina*. Anales de Arqueología y Etnología. Mendoza.
- — 1961. *Noticia sobre el arte rupestre de Yavi, Provincia de Jujuy*. Anales de Arqueología y Etnología. Mendoza.
- LAFON, Ciro René, 1954. *Arqueología de La Huerta*. Buenos Aires.
- — 1956. *El horizonte incaico en Humahuaca*. Anales de Arqueología y Etnología. Mendoza.
- — 1956-57. *Nuevos descubrimientos en el Alfarcito*. RUNA, Vol. VIII - Parte primera. Buenos Aires.

- — 1956.57. *Sobre algunos artefactos de hueso de la Quebrada de Humahuaca*, RUNA, Vol. VIII. Parte segunda. Buenos Aires.
- — 1962. *Posición de la Cultura Humahuaca en el gran sistema cultural Andino*. Jornadas Internacionales de Arqueología y Etnología. 1960. Buenos Aires.
- MARENGO Carmen, 1954. *El Antigal de Los Amarillos*. Buenos Aires.
- MÁRQUEZ MIRANDA y EDUARDO M. CIGLIANO, 1957. *Ensayo de una clasificación tipológico-cronológica de la cerámica santamariana*. "Notas del Museo de La Plata".
- — 1961. *Problemas arqueológicos en la zona del Arenal*. "Revista del Museo de La Plata". T. V. La Plata.
- PALAVECINO, Enrique, 1948. *Áreas y capas culturales en el territorio argentino*. Gaea. T. VIII, 1948.
- REYES GAJARDO, Carlos, 1957. *Estudio sobre Choromoros*. Revista del Instituto de Etnología de Tucumán.
- SCHOBINGER, Juan, 1964. *Investigaciones arqueológicas en la Provincia de San Juan, República Argentina* (Informe Preliminar). XXXV Congreso Internacional de Americanistas, México, 1962.
- — 1964. *Descubrimiento de una momia del período incaico en la cumbre del Cerro El Toro (6.300m. Prov. San Juan)*. Informe preliminar. Instituto de Arqueología y Etnología (U. N. C.). Publicación N° 7, Mendoza.

